

A VIDA DESCALZO

Alan Pauls

Se sueña mucho en la playa. El programa de una noche normal en Cabo Polonio —la playa del Uruguay donde veraneo desde hace cinco años— tiene cierto aire de familia con las maratones continuadas que veíamos de chicos con mi hermano y mi padre en un cine de Las Heras y Agüero, el Roxy, que demolieron cuando todos habíamos olvidado cómo se llamaba. Cada sueño, digamos, equivale a una película. Cada noche incluye tres o cuatro sueños. Entre sueño y sueño, como en las viejas sesiones del Roxy, hay un intervalo. Son lapsos precarios, de duración incierta, nunca se sabe si premeditados o accidentales, de modo que una de dos: o uno se queda donde está y espera quieto que se reanude la proyección, o se levanta de un salto y hace lo que tiene que hacer lo más rápido posible, de modo de volver a tiempo para el principio de la película siguiente.

Dado que en la temporada de verano 2005 la cartelera onírica fue especialmente frondosa, se me ocurrió llevar un registro esporádico de la programación. Transcribo la que me tocó la noche del miércoles 16 de febrero.

Primera función. Jack Nicholson nos invita a pasar unos días en su hotel de Los Ángeles. Antes de que la acción del sueño empiece, como los clips que en la entrega de los Oscar ilustran la actuación o la trayectoria de los nominados, veo un montaje de escenas de Nicholson tomadas de películas que no existen. Nicholson astronauta (manotea en el aire una maquinita de afeitar ingrávida). Nicholson estrella de fútbol americano (sufre un percance en el nervio ciático mientras se ata los cordones de los botines). Nicholson astrólogo (buscando desesperado una carta natal entre una parva de fotocopias de chicas des